

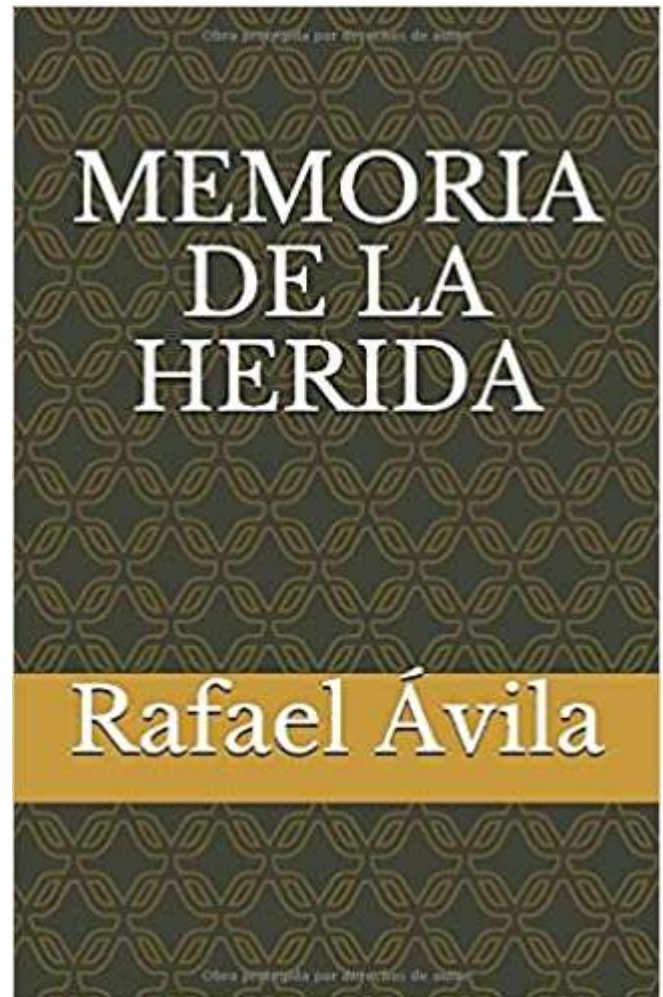
## Poética del jardín en la poesía de Rafael Ávila

Albert Torés

Rafael Ávila  
*Memoria de la herida*,  
 Independently published,  
 Breslavia, Polonia, 2019.

Rafael Ávila, es una de esas voces poéticas que, sin participar en las farándulas extraliterarias ni tirar de agenda de contactos ni tan siquiera simular los juegos de intercambio de cromos, está sobradamente consolidada y reconocida por esa crítica que también se aleja de la común esfera de los estómagos agradecidos o, si se quiere, esa crítica tan rigurosa que semanalmente descubre genios literarios desde hace décadas. Probablemente la transición en lo cultural todavía no se ha producido con efectividad. No olvidemos que ese vaticinio de democracia sí, pero a la española está tan vigente que llega a asustar.

En cualquier caso, estamos ante una nueva entrega del poeta Rafael Ávila que culmina la trilogía del amor, iniciándose con *Jardín y laberinto*, *Luz de mediodía* y, que nos lleva ahora por un escenario de pérdida, derrota y dolor donde las sombras, silenciosas, solitarias y angustiosas trazarán la naturaleza del desamor. Sombras que gravitaran sobre el ser humano donde la luz no solo simbólicamente sino también de manera esencial generan el escenario de los sentidos. Desde luego, con la paradoja como protagonista y la antítesis como recurso efectivo. Solo una muestra en los siguientes versos del poema “Al borde del camino”: “*Después de tantos años/ luchando por un sueño/ me venció el camino con sus trampas, / sentado al borde del sendero/ contemplo perplejo lo que anduve, / me apena aquello que me falta/ pero noto la ausencia/ de las fuerzas que antes/ traía tu mirada*. En gran medida, la poesía consigue sobrevivir a condicionantes morales, límites filosóficos y sentimientos de ilusión o de engaño, pues en el mismo segmento, la amada aporta memoria, herida y luz. Con belleza nos lo escribe el poeta en un largo y magnífico poema titulado “Recuerdos”: “*Cada poema es / cicatriz de una herida*” que se repite a modo de letanía y confiere una fuerza expresiva sencillamente extraordinaria. Desde luego, la dialéctica de luces y sombras es obviamente el punto más significativo (las luces de los



faros, el brillo de los ojos, las noches en blanco, miradas nubladas y recuerdos borrosos, sombras crecientes o sombras que dibujan caminos, llamas de vela, pero también la luz de la esperanza), pero el camino y el jardín son los espacios más determinantes. En su particular combate de las palabras y a la vez con el esmero, delicadeza y rigor que caracterizan a todas luces su escritura, encontramos un poemario que refleja una elegante capacidad para plasmar la belleza de la amada, Ariadna, que también será memoria y herida sin dejar a un lado la luz proyectada, “*Se oscurece la luz/que alumbró mis mañanas*”. En cualquier caso, no se presentan ecos extraños ni envoltorios artificiales sino más bien la modulación de una voz poética propia y reconocible que se fundamenta de pleno derecho en nuestra tradición más expresiva, resaltando a modo de ejemplo ese magistral manejo de los tiempos verbales y antítesis en esa “aventura hacia lo absoluto” que nos propuso Pedro Salinas. También la indiscutible autenticidad en un doble pacto con la sangre y la belleza que formulara Pablo Neruda, la soledad más íntima y el resplandor más apasionado que nos dan un sentimiento universal. Desde luego, la obra poética de Rafael Ávila admite su admiración por la poesía de Salinas, no solo como fórmula de acceso a la esencia de las cosas, sino también en los campos temáticos, el amor o por ser exacto el amor idealizado con mayor recurrencia, también en la utilización de recursos que van de cierta contención hasta imágenes donde los contrastes se perfilan, pasando por una simbología tradicional reforzada por un metro corto, pero sobre todo por la autenticidad que se desprende de cada verso.

Una autenticidad revestida de belleza e ingenio que se registran en el espacio del “jardín” sobre el que se edifica gran parte de la obra poética de Rafael Ávila. Esta poética del jardín, espacio ficticio y construcción poética a la vez, nos permitirá toda una serie de relaciones estilísticas cuando no interpretativas de *Memoria de la herida*. No son pocas las menciones; “Las flores del jardín, ya no cuido el jardín, ya no soy jardinero del jardín encantado, el jardín sin luz, el jardinero de un desierto, el jardín y los hilos se rompen, el final del jardín, cerraron el jardín a cal y canto, jardín sin flores, el jardín sin calma por el adiós de la amada”. En definitiva, un jardín como hilo conductor en este poemario, pero también en los anteriores. Recordemos incluso el pliego titulado “Jardín circular”. Recurrencia temática de primer orden que construye un lugar particular obviamente, y, un lugar para reconstruir imaginarios, espacios, intertextualidades. Entra en juego el rasgo específico del jardín que sin duda alguna será la tensión, la lucha entre sentimientos contradictorios, entre lo natural y lo artificial. El jardín jugará ese papel de testigo y testimonio del proceso del enamoramiento y del desamor, se integra en la paradoja, pues es esfera de aislamiento o soledad y al tiempo dominio protegido y protector. Bien mirado, sea lugar cerrado o abierto a las tentaciones, representará el solitario espacio de la libertad y la conexión con los sustratos mitológicos grecolatinos de los que el poeta es ferviente admirador. Por ello, el fluir de sus composiciones encierra algún relato caballeresco, mucha tradición utópica y a todas luces una histórica melancolía, donde el haber vivido se superpone con el querer transmitir en ese anhelo de intersubjetividad que señalaba Gaston Bachelard, presentado una imaginación que da sentido y estructura orgánica desde la franja que delimita la realidad intersubjetiva y el inconsciente colectivo, todo ello gracias al amor.